

# LA VOZ Y LA ESPADA

VIC ECHEGOYEN

# LA VOZ Y LA ESPADA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

© Ilustraciones de interior: Vic Echegoyen

Primera edición: febrero de 2020

© Vic Echegoyen, 2020

Publicada con acuerdo con Meucci Agency

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6344-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 1265-2020

Impreso en España

*Dedicado a mi madre,  
María von Grosschmid,  
que me hizo amar la música  
aun antes de enseñarme a hablar.*

«He sido creada para el peligro,  
y también para la ternura».

Carta de Julia d'Aubigny Maupin, 1703

# Índice

Epílogo. La Voz y la Espada. Versalles: Renato d'Argenson, jefe de la policía de París (1705) . . .	15
--	----

## PRIMERA PARTE: VERSALLES

Capítulo I. O Julio, o nada. Gaston d'Aubigny (1670-1681) . . . . .	23
Capítulo II. Chiripa. Julia d'Aubigny (1681-1684) . . . . .	43
Capítulo III. La escuela de pajes. Gastón d'Aubigny (1684-1685) . . . . .	61

## SEGUNDA PARTE: PARÍS

Capítulo IV. Una contra todos. Julia d'Aubigny (1864-1685). . . . .	79
Capítulo V. Romance de primavera e invierno. Luis de Lorena, conde de Armagnac (1686) . . . . .	97
Capítulo VI. El brazo de la espada. Julia d'Aubigny (1686) . . . . .	111
Capítulo VII. El cuclillo y el Tejón. Juan Maupin (1686-1687) . . . . .	143

## TERCERA PARTE: PROVENZA Y EL LOIRA

Capítulo VIII. Cantando por un plato de lentejas. Julia Maupin, Marsella (1687). . . . .	179
---	-----

Capítulo IX. La torcaz y el gavilán.	
Cecilia Bortigali, Marsella y Aviñón (1688-1689) . . . . .	201
Capítulo X. El genio de la botella.	
Julia Maupin, Poitiers (1689) . . . . .	241
Capítulo XI. Epicuro y Jansenio.	
Luis d'Albert, conde de Luynes, Tours (1690) . . . . .	265
Capítulo XII. La sirena y el oso.	
Julia Maupin, Orleans, Ruán y París (1690) . . . . .	287

#### CUARTA PARTE: PARÍS

Capítulo XIII. El triunfo de Palas.	
Gabriel Thévenard (1690) . . . . .	303
Capítulo XIV. Trío para cuerno, dulzaina y sacabuche.	
Julia Maupin (1691) . . . . .	329
Capítulo XV. La clave de fa.	
Luis Gaulard Dumesnil (1692) . . . . .	349
Capítulo XVI. La dama sin piedad.	
Julia Maupin (1693-1695) . . . . .	365
Capítulo XVII. El Lirio de Acero. Sátira en quintilla	
(Anónimo) (1695) . . . . .	389

#### QUINTA PARTE: BRUSELAS Y ESPAÑA

Capítulo XVIII. <i>Combusta integrior exsurgo.</i>	
Julia Maupin (1695-1698) . . . . .	397
Capítulo XIX. La belleza del diablo.	
Luis d'Albert, conde de Luynes (1698) . . . . .	435
Capítulo XX. Entremés: Agua, azucarillos	
y un manojo de rábanos. Julia Maupin (1698) . . . . .	455

## SEXTA PARTE: PARÍS

Capítulo XXI. Duelos y quebrantos.	
Gabriel Thévenard (1698-1699) . . . . .	465
Capítulo XXII. Cuatro de espadas y as de lirio.	
Sátira en quintilla (Anónimo) (1700) . . . . .	493
Capítulo XXIII. La dama de picas.	
Julia Maupin (1700-1705) . . . . .	497
Capítulo XXIV. <i>Distantia iungit gladios</i> .	
Renato d'Argenson, jefe de la policía de París (1705) . .	551
Glosario: monedas de la época . . . . .	565
Bibliografía . . . . .	567
Nota de la autora . . . . .	571
Agradecimientos . . . . .	573



## Epílogo

### LA VOZ Y LA ESPADA

Renato d'Argenson, jefe de la policía de París

Versalles, julio de 1705

El curso de los astros marca el transcurso de los días y las noches para todos los mortales, salvo para reyes y artistas. Los reyes, porque dictan cuánto vale el tiempo; los artistas, porque no tienen ni idea de su valor.

Un rey no espera; es ajeno a su naturaleza. Sobre todo, si ese rey es Luis XIV, monarca ungido por Dios desde los cinco años de edad, y lleva sesenta sentado en el trono.

En su impaciencia, como en la moda, la política, las costumbres y las queridas, el Rey Sol da la medida de las cosas. Todo sucede como su majestad dispone: si decide que el día comience a las tres de la madrugada, o que Venus asome en el cielo cuando lo hace Apolo, así ocurre. Y ni un reloj de los cientos que decoran Versalles se atreve a contradecirlo.

Mi predecesor como jefe de la policía de París, conocido por sus subalternos como el marqués de La Reynie, y por sus enemigos como El Tejón, me enseñó que cuando el rey conmina a alguien a que comparezca, o uno lo hace en el acto, o no vuelve a hacerlo jamás.

En mi oficio no existen noches, domingos ni fiestas de guardar. Mi audiencia con el rey discurre al ritmo de sus caprichos: puede durar cinco segundos o cinco horas, pero nunca es plato de mi gusto.

Aquella mañana, en la antecámara de su gabinete, ya habían desfilado ante mí viudas, abades de provincias, oficiales, el general Vendôme con un vaivén de caderas, dejando una estela de pólvora y perfume de jazmín, y hasta mi superior, el canciller Pontchartrain, que pasó rozándome pero sin mirarme siquiera, cuando siempre me hacía el favor de avisarme del humor del rey: un vistazo por el rabillo del ojo si estaba sereno, un parpadeo si había nubes y claros, un carraspeo si se avecinaba una tempestad.

Ese día, Pontchartrain salió con un ataque de tos como si se le hubiera atravesado en la garganta su cajita de rapé, y salió a escape sin parar mientes en los peticionarios que lo seguían como rémoras. Ya estaba avisado: aguardé como alma en el purgatorio, mientras la antecámara se iba vaciando y el sol de julio empezaba a cocerme en mi banco de madera. A todas luces, el rey estaba a solas desde hacía un rato; cuanto más se demoraba en recibirme, más me convencía de que el asunto era de cuidado.

La puerta se abrió por fin y el ujier me hizo pasar, evitando mirarme. ¿Qué estaba sucediendo?

El rey estaba sentado ante su mesa de trabajo, donde habría cabido de sobra una mazmorra de la Bastilla. El calor que me pegaba la camisa al cuerpo no parecía afectarlo. Excepcionalmente, hoy no tenía la pierna apoyada en un escabel por culpa de la gota; ya era algo. Omitiendo el protocolo, cortó en seco mi reverencia con un gesto.

—¿Dónde están mis ojos y oídos cuando os necesito, señor superintendente? —preguntó de sopetón, y su peluca de tirabuzones osciló en su coronilla como si fuera a caérsele—. ¿Por qué soy el último en enterarme de lo que pasa en mi ciudad?

Hacía años que el rey no ponía los pies en «su» ciudad. El hedor, la inmundicia y los desórdenes de la capital le causaban tal horror que había decidido trasladar la corte a Versalles treinta años antes, reformando lo que había sido un pabellón de caza hasta convertirlo en una monstruosidad cuyo hedor, inmundicia y desórdenes no le iban a la zaga a los de París.

—Si en algo he defraudado la confianza de vuestra majestad, estoy seguro de que...

—¿Defraudado? ¡Fallado estrepitosamente! Una hora después de que un religioso me diera este aviso en la galería de los espejos... —Y crispó los dedos alrededor de un papel, agitándolo en el aire—. Me dicen que la *Gaceta* ya está husmeando en el asunto. Demorad su impresión, requisadla, haced lo que sea necesario; y también el *Mercurio*. Si esto trasciende...

Empujó el papel hacia mí con rapidez, como si quemara. Caminé alrededor de la mesa hasta quedar frente a la nota, y entrecerré los ojos para que no me distrajera el contenido: papel de calidad, quizás una hoja en blanco arrancada de un libro, a juzgar por la irregularidad de un borde, donde había estado cosido con hilo al volumen. Pasé al texto: tinta de sepia y caligrafía de mujer, por el caracoleo que remataba cada palabra. Escrita con prisa, pero sin tachaduras ni faltas de ortografía; sin firma ni sello que revelara el rango de la familia a la que pertenecía quien la había redactado. Aun así, la nota traslucía alcurnia, dinero... y miedo.

Abrí los ojos, y deletreé las palabras: «La Voz y la Espada ha desaparecido».

Sentí que se me cerraba la garganta. «La Voz y la Espada» había cruzado el camino del Tejón tantas veces, en una u otra de las dos cualidades que le habían valido el sobrenombre, que mi jefe la llamaba sencillamente la Peste, cuando no añadía otro epíteto. Pero hacía meses que la Voz no daba que hablar, así que yo había perdido la pista de sus víctimas y sus amoríos, que con frecuencia eran las dos cosas. ¿A quién le había partido el cráneo o el corazón esta vez?

Sin soltar el papel, miré de soslayo el ceño del rey. Ahora que lo pensaba, el silencio que se había hecho alrededor de una persona que era la comidilla de París desde hacía quince años debió haberme inquietado. Maldije mi ignorancia: por una vez, el rey sabía más que yo.

—La criatura ha desaparecido también —dijo, empleando un término que solo usaba para los bastardos de su familia—. Nadie sabe si vive o no, su paradero, o por qué la Voz se ha esfumado. Si se la ha llevado, hay que encontrarlos. ¿Qué pretende? ¿Quiere un rescate? ¿O un título de nobleza? ¡Averiguadlo!

–Bien, *sire*. –Incliné la cabeza, mordisqueándome el bigote. Por lo que sabía, la avaricia no se contaba entre los pecados de la Voz; ni el dinero ni el poder le interesaban.

–¡Traédmela! Utilizad los medios que necesitéis; un pelotón de la guardia, si hace falta.

Sacudí la cabeza: la Voz había demostrado que valía más que un pelotón. Si su motivo era vengarse del rey, todos los hombres de Luis XIV no bastarían para detenerla ni hacerla callar.

–Registrad su casa, y averiguad qué ha pasado. Y si ha muerto, examinad a fondo el cadáver. No me importa si ha sido un accidente o una epidemia, pero cuidado de que nadie mencione la palabra «veneno». ¿Oís, d’Argenson? Se trata de mi familia: no puede haber ni el asomo de una sospecha.

–Perfectamente, *sire*. –Me incliné aún más. ¡Peste, peste, peste! Nadie quería resucitar el escándalo de los envenenadores, que había salpicado a la familia del rey con sus abominaciones y había hecho encanecer a La Reynie en cuestión de meses.

–Y, esta vez, no os dejéis engañar por sus trucos. No cometáis el error de vuestro predecesor.

Enrojecí. Burlado ante sus hombres, humillado ante el rey y puesto en ridículo ante todo París, La Reynie jamás había olvidado esa lección.

–Quiero a la Voz de vuelta aquí, en el palacio. Delante de mí. Quiero verle la cara, ¿oís? Quiero ver y oír a la Voz... –Se irguió, y un amago de sonrisa suavizó su rostro, marcado por la vejez y el desencanto.

Solo había visto esa expresión en el monarca una vez, una noche en el palacio del Gran Trianón, años atrás... Entonces, el destino acababa de golpearlo en lo más hondo. Su hermano había muerto, y su heredero, el delfín, había sufrido una apoplejía que lo condenaba a un sillón con ruedas: jamás podría reinar. Por aquel entonces, la corte, los festejos y el palacio que adoraba habían perdido todo su encanto para el rey, hundido en la desesperación.

Y esa noche, la última en que La Reynie había visto a la Voz, cuando la familia del rey estaba aún sumida en el luto, la be-

lleza de la Voz había hecho llorar de emoción a la señora de Maintenon, esposa del rey. A la vez, había obrado el milagro de hacer sonreír de nuevo a Luis XIV después de siete meses de duelo, ante el estupor de sus nobles y oficiales; sonreír, entusiasmarse y aplaudir de pie, con un brillo de esperanza en la mirada, y una expresión de felicidad que devolvió la vida a la corte y al reino.

# PRIMERA PARTE: VERSALLES



# Capítulo I

## O JULIO, O NADA

Gastón d'Aubigny

París (1670-1681)

Aun antes de nacer, vio y sintió el filo de un cuchillo atravesando las entrañas de su madre. Tal vez ese bautizo de hierro antes de tiempo fue el que decidió su naturaleza, y forjó su temple más que la influencia de ninguna persona.

Las pócimas del médico, los remedios de la comadrona y mis plegarias se topaban con una criatura de tal tamaño, que habría reventado caderas más hechas para el suplicio que las de mi esposa. Sus gemidos se volvieron gritos, y luego alaridos. Al cabo de dos días con sus noches en vela, en los que me refugié en mi mesa de trabajo, con los codos hundidos en los papeles y la cabeza entre las manos, ya no pude soportar más esos sonidos que nada tenían de humano. Irrumpí en la alcoba pese a la prohibición del médico, y deseé no haber mirado dentro.

—Señor, no puede salir. —La comadrona se retorció las manos cubiertas de sangre. Emilia tiritaba en la cama, ajena a la fetidez y las moscas que se cebaban en sus piernas al descubrirlo—. ¿Qué hacemos? No podemos esperar más. La señora...

Emilia volvió hacia mí la mirada; ya no podía mover la cabeza. A mis veintinueve años, le doblaba en edad. Ahora sabía que debí haber esperado para consumir nuestra unión, pero creía que mi experiencia compensaba con creces su juventud, y

nos amábamos de veras. Y yo quería a toda costa un heredero... La decisión era mía.

—¡Señor, no se puede esperar más! Tenéis que decidiros por uno o la otra.

Los dedos de Emilia reptaron por la colcha hacia mi mano. Cuando la asió, creí que me iba a romper los huesos; con un esfuerzo, la llevó hasta su vientre, y la apoyó en la piel que manaba sudor, se movía y latía con fuerza debajo de su corazón.

Uno u otra. Mentía, por supuesto. Ella no sobreviviría a la carnicería: ambos lo sabíamos, pues habíamos visto qué ocurría con las yeguas del establo del rey. O lograban parir solas, o la maniobra para salvar por lo menos al potro obligaba a sacrificarlas.

—¡Señor d'Aubigny! —exclamó el médico, hundiendo la mano en su estuche de cuero.

Emilia cerró los ojos: todo su afán se concentraba en expulsar lo que la estaba matando.

—Salvad al niño —decidí. Antes de que hubiera podido besar su frente, la comadrona me empujó fuera, y cerró la puerta.

Tambaleándome, fui hasta la mesa de trabajo y me dejé caer en la silla, secándome la frente, volcando sin querer la palmaria. Un reguero de cera oscureció los papeles.

Tratando de dominar el temblor de mis manos, la encendí de nuevo, y me esforcé en recuperar el hilo de la carta que debía redactar para mi superior, el escudero mayor del rey. La brisa de abril traía el aroma de los manzanos en flor y el zumbido de las abejas. Percibí el rasgueo del cuchillo al deslizarse una y otra vez sobre la correa para afilarlo.

El final llegó de prisa. Un quejido, mientras yo contenía la respiración, y luego otro sonido, mezcla de lloriqueo y berrido. Me puse de pie de golpe, aferrándome al borde de la mesa.

—Dios lo ha dado y Él lo ha quitado. ¡Alabado sea su nombre! —oí decir a la comadrona. No me atreví a mirar por la puerta que había quedado entreabierta a sus espaldas.

—¿Qué santo es hoy? —pregunté automáticamente, sin verme.

—Basilio, Matilda, el papa Julio... —recitó la comadrona.



Durante meses, nos habíamos peleado en broma por el nombre que llevaría mi primogénito. Ahora, todos esos nombres habían huido de mi mente, y no se me ocurría nada. Hacía años que el rey había puesto en boga a los clásicos, que marcaban la pauta en todo, desde las obras de teatro hasta los nombres de bebé: Agripa, Hércules, Alejandro. Príncipes y burgueses buscaban para sus retoños un nombre que les confiriese el empaque de un héroe de la Antigüedad. En mis tiempos, los reyes se llamaban como los cabreros: Luis, Enrique, Gastón...

Mirando sin ver mi espada, que colgaba de la pared presidiendo la mesa, justo donde otros colgaban un crucifijo, rumié las posibilidades. Aquella arma era mi alhaja y mi orgullo, el objeto de más valor que poseía, y un día sería suya. Basilio, Julio... Mi hijo había nacido peleando, y ya había ganado una batalla en la vida. En verdad, se merecía un nombre acorde con su naturaleza. Un nombre que reflejara su fuerza y su tenacidad de conquistador.

–Julio –dije–. Julio César.

–Señor..., ¡es una niña!

Me volví despacio, y levantó el bulto en sus brazos para que pudiera contemplarla.

\* \* \*

¿Una niña? Ya me parecía estar oyendo las burlas de todo el mundo.

Para los demás cortesanos, yo era el señor d'Aubigny. Para mis amigos, el diablo de Gastón; para el resto del mundo, el secretario y la sombra del conde de Armagnac, Charny y Brionne, vizconde de Marsan, senescal de Borgoña y media docena de títulos más, entre ellos escudero mayor del rey, a cargo de las caballerizas del monarca, sus palafreneros, trompeteros, escuderos y caballeros. No podía haber más contraste entre la insignificancia de mi persona y la prominencia de mi amo, uno de los favoritos del rey.

Mis mañanas transcurrían en el despacho del conde, sirviéndole de escribiente y recadero; mis tardes, peleándome en

la escuela de pajes en el palacio de San Germán de Laye con los maestros de armas y persiguiendo a los pajes, bestezuelas provenientes de familias de renombre que criábamos en el palacio, adiestrándolos en las artes de la equitación, la esgrima, la historia y la aritmética, como correspondía a los cortesanos del futuro.

Mis noches las pasaba batiéndome con desconocidos en un callejón; o en las timbas, perdiendo mi sueldo al pórtico o al lansquenete, a cambio de una euforia que me regalaba unas horas de olvido, buscando en el fondo de una jarra de vino el reflejo del tesoro que acababa de perder.

El hastío de mis días y el desapego por la vida, sumido en la amargura de una soledad que ninguna ramera lograba aliviar, me empujaban a buscar trifulcas. Hasta entonces, mi cuajo como bebedor y mi solvencia de espadachín me habían librado de un final que, sin saberlo, buscaba. Yo era el enemigo al que más temía, más aún que la criatura pataleando en un rincón de la alcoba que evitaba pisar, a menos que mis compañeros de francache-la me llevaran hasta allí en volandas desde el suelo de la tasca donde prefería dormir la curda.

No, no había lugar para una cría sin madre en el palacio: Versalles era una caterva de machos en celo, siempre a la caza de trofeos. Allí, la valía de una hembra y el respeto que merecía se medía por el rango del marido o el padre que la protegía. Al no tener linaje, fortuna ni influencia, el lugar que ocupaba yo en esa jerarquía estaba apenas un escalón por encima de los tutores de los pajes. Mi hija, salvo que su belleza la catapultara al lecho de un poderoso, no podría aspirar ni a eso.

Si yo moría, ¿qué sería de una huérfana en la leonera de la corte? Sin más familia que yo, terminaría en el torno, o en un burdel, o fregando suelos, como la criada que venía cada par de días a limpiar mi casita y ocuparse de la niña a cambio de una moneda. Mejor era entregarla a las monjas, para que la criaran a recaudo de los crápulas de palacio... Pero, al pensar en Emilia, el sentimiento de culpa me hacía demorar esa decisión día tras día.

Alertado por el médico, que me visitaba a menudo, inquieto por mi estado y el del bebé, el conde de Armagnac tomó cartas en el asunto.

–Dos fallos en una página, y tenéis varios botones del jubón sin abrochar –me reconvino, mientras yo trataba de contener la náusea producto de otra noche en remojo.

–¿Eh? ¿Decís, monseñor? –Lo miré sin entender. El conde suspiró.

–¡Ya está bien, Aubigny! Lo que hagáis fuera no me interesa. Pero aquí, en el palacio, debéis ser un modelo para los pajes: haríais bien en recordarlo... –Se puso de pie, censurando con una ojeada la ruina en la que me había convertido, y luego se señaló de pies a cabeza, la esencia del cortesano sin tacha. Él tenía mi edad, y enrojecí de bochorno-. Si descuidáis vuestras tareas y seguís buscándole las pulgas a todo hijo de vecino, tendré que despediros, ¿oís? Bueno, bueno, calmaos... Habéis perdido una mujer, no vuestra mano de la espada: ¡no es el fin del mundo! Pero debéis recordar que ahora sois padre de familia; si queréis continuar a mi servicio, vais a tener que asumir vuestro deber.

–Sí, monseñor. Os pido perdón; es cierto, y no sucederá más. Con vuestra venia, dejaré a la criatura en manos de Dios. Las monjas...

–¿Estáis sordo, o queréis enojarme? –Como un latigazo, la reacción del conde me despejó del todo-. He dicho asumirlo, no huir de él. Un hijo exige orden y disciplina de su padre, o se torcerá sin remedio. Sé de lo que hablo: tengo seis, y otro en camino.

–Pero... yo... ¿Monseñor quiere que me la quede? –me alarmé: si había sobrevivido hasta entonces era justo porque evitaba todo contacto con ella, dejándola en manos de la criada, y de una vecina que acababa de parir. Me lamí los labios, ansiando un trago para suavizar la aspereza que me abrasaba la garganta-. Pero... No puede ser, yo no... Quiero decir que necesita ropa y alimento. Y no tengo...

–Aquí hay treinta libras: bastará para lo necesario –me atajó el conde, lanzando una bolsita sobre la mesa.

Desolado, contemplé las monedas que asomaban de ella: más que mi salvación, me parecían las treinta piezas de Judas.

—Monseñor, vuestra generosidad me abruma. Pero soy un soldado, y no entiendo de bebés; solo de caballos y armas.

—Pues es hora de que aprendáis. Vamos, habéis perdido una mujer, pero os queda una mujercita. Hacedos cargo de ella. Os hará bien, y os enderezará antes de que os convirtáis en un salvaje. Así que cuidadla: de vos depende que se críe como una hembra de provecho.

—Pero, monseñor, mi casa parece un establo, no hay orden ni limpieza, y no sé nada de crianza...

—¡Cuerno del diablo! —estalló Armagnac—. ¿De qué tenéis miedo, Aubigny? ¡Es vuestra hija, no un tigre! Escuchad, no os pido milagros: quedáosla dos o tres años, hasta que demuestre si sirve solo para rezar, o si ha heredado algún talento, y luego se verá. Os advierto que os vigilaré, para que cumpláis vuestro deber. Si lo que veo me satisface, os buscaré otra esposa con una dote. Y ahora, tomad esa bolsa y largaos.

¡Dos años! Me miraba de hito en hito, y tuve que agachar la cabeza. Era mi amo. Aquello no era una propuesta, sino una orden; debía obedecer. A él le debía mi empleo, mi casita de piedra en la linde del parque del palacio, y su indulgencia al no echarme a puntapiés por no saber apreciar su patrocinio, que más de uno habría comprado a precio de oro.

\* \* \*

Para cuando regresé a mi casa a trompicones a través del parque a oscuras, después de dar un rodeo por las tascas para aliviarme la quemazón, creí que había errado el camino: una luz se filtraba por los postigos de mi alcoba. Era verano: no recordaba haber encendido una vela, y menos aún el fuego en la chimenea.

Un grito me taladró las orejas en cuanto abrí la puerta de una patada. Desenvainé automáticamente, y abrí los postigos de golpe:

—¡Ave María purísima! —añadió la voz desde el fondo de la alcoba.

Una mujerona cuyas carnes habrían hecho las delicias de Gargantúa acunaba al bebé en sus brazos, haciendo crujir una mecedora que antes no había estado allí.

–¿Qué diablo hacéis en mi casa?

–¡Oh, perdón, señor d’Aubigny! No esperaba que vinierais. Vaya, la habéis despertado –dijo en tono de reproche, ahogando la fuente de los balidos contra su pecho.

–¿Cómo que no esperabais...? ¿Quién sois?

–Soy la nodriza; llamadme Pechera –dijo con orgullo, y paseó su mirada alrededor de la estancia. Los libros, arneses y copas que antes habían estado desperdigados por los suelos estaban ahora apilados en orden sobre una mesa, colgados de sus ganchos, colocados en los estantes.

–No os he mandado llamar –repliqué.

–Me manda el aya de los hijos del señor conde –declaró. ¡Peste! Armagnac había cumplido su amenaza, e introducía a esta yegua de Normandía en mi casa para espíarme y ponerlo todo patas arriba–. Tengo leche de sobra. Me quedaré aquí hasta que la niña deje de necesítarme. Cuando eche los dientes y ya no se haga encima, pues.

¿Leche? ¿Echar los dientes? Moví la cabeza: aquello sonaba peor que el infierno que había imaginado.

–Oídmeme, señora... Pechera. No sé qué os han dicho, pero no puedo pagaros ni...

–Me paga el señor conde. Sé cocinar, lavar y planchar.

Despacio, para no asustarla, dejé a un lado la espada. Sopesé la bolsa, cuyo contenido había mermado; esa noche, los naipes no me habían sonreído.

Una nodriza era un lujo para nobles, con más razón si sabía cocinar, y conocía los misterios del hogar que yo nunca había conseguido desentrañar. Cocinar, lavar y planchar... Gruñí, resistiéndome a ceder.

Se levantó, con la niña todavía en brazos. Me sacaba un palmo de altura y cuatro o cinco de ancho:

–Está cambiada y alimentada –dijo, hundiendo su nariz en forma de pera en el bulto que se movía–. Me voy a casa, señor.

Mañana por la mañana volveré con mis cosas. Dormiré ahí atrás, con la niña.

Dio un paso adelante. Retrocedí, pero ya era demasiado tarde. Sin saber cómo, me encontré con el bulto en mis brazos.

–¡Eh! ¿Pero qué hago si se pone a llorar?

–Pues le cantáis una nana. Mañana traeré jabón, y grasa para los arneses. Tenéis que hacer algo con esa vaina, se está cuarteando –añadió, mientras se ataba un pañuelo alrededor de la cabeza. Abrí la boca para protestar: nadie osaba criticar el estado de mis armas–. Señor d’Aubigny, soy viuda de armero, y sé que esa pieza necesita que la cuiden y la ablanden. También sé afilar hojas, y reparar cueros.

Sin pedir permiso, Pechera se acercó, levantó la funda de mi espada, la balanceó entre sus manos y pasó los dedos por el filo con gesto de experto.

¿Qué podía hacer? El conde mandaba. Me encogí de hombros, rindiéndome en silencio. La mujer recogió una cesta del suelo, y se dirigió a la puerta.

–¿La criatura está bautizada, señor? –dijo. Asentí, y me observó con paciencia, como si fuera un bobalicón–. ¿Cómo se llama, pues?

–Julio... Julia.

Repitió su nombre, y salió moviendo la cabeza. A solas por fin, lancé un suspiro de irritación, y me senté en el borde del jergón. La mujer había hecho la cama, barrido el suelo, sacudido la estera y limpiado las telarañas. Un cuenco tapado a medias esparcía un olor a sopa de cebolla.

Con torpeza, deposité el bulto a mi lado. La tela que la cubría se entreabrió. Ya no berreaba, pero no dormía; soltaba gorgoritos, encogiéndose por instinto, para no atraer el peligro. Una cicatriz como una coma destacaba en la barbilla, ahí donde el cuchillo del cirujano había atravesado la carne de su madre. Sin tocarla, tracé su recorrido con el dedo.

Abrió la boca y arrugó los ojos, haciendo un puchero; aterrado por el amago de una llantina, me encomendé a la ciencia de la nodriza. Si se despierta, una nana. Pero yo no sabía ninguna.

La boquita se abría más, y me devané los sesos. Rápido, ¿qué canciones conocía? «Jodiendo a mi amiga coseché su flor...». No, ésa no. «Un traguito sienta bien, sin rodar bajo la mesa...». No, tampoco. Maldije mis noches de juego y de taberna: ¿por qué no podía recordar mis días de monaguillo, allá en mi infancia? En mi desesperación, solté de improviso aquello que me vino a la cabeza, cuidando de canturrear para mi coletito para no asustarla: «Caballeros de la Mesa Redonda, catad si el vino es peleón...».

Silencio. Todavía no lloraba; la sorpresa, o el susto al oír mi vozarrón, le habían quitado las ganas. Respiré y seguí a la carrera, sin detenerme: «... Si está bueno y si es agradable, beberé cuanto me plazca...».

Terminé la estrofa, comencé la siguiente con brío y llegué al final sin que un berrido me interrumpiera. Bajé la mirada, y me di cuenta de que había abierto los ojos. Me observaba sin moverse, sin parpadear, y en los iris que relucían limpiamente, como fragmentos de pizarra mojados por la lluvia, vi el reflejo de Emilia.

\* \* \*

¿Qué más daba lo que le cantara, si con ello la tranquilizaba? Las palabras aún no significaban nada para ella: callaba, escuchaba y sonreía por igual si atacaba *La jorobada*, *La buena de mi rubia* o *El dique del culo*. Era la música lo que la fascinaba, la melodía que retumbaba entre las vigas del techo, el ritmo que la mecía sin descanso, y a mí me regalaba noches en calma.

Por su parte, la nodriza cumplía las órdenes del conde a rajatabla: cuidaba de la niña, lavaba la ropa, atendía el huertecillo del jardín, y nos alimentaba con la firmeza de quien tiene a su cargo no a uno, sino a dos huérfanos. Nada escapaba a sus ojos de lechuza, ni el lustre de mis espuelas, en contraste con la mugre de la casa, ni la falta de pan y el exceso de vino en la alacena. En sus manos, Julia y yo fuimos recobrando el peso y el color.

A los ocho meses, cuando la erupción de los dientes la hacía chillar y rabiarse como si se los arrancaran, y ni la poción de

hierbas de la nodriza, ni mi entusiasmo cantando *El bueno del rey Dagoberto* mitigaba sus lloros, le di a roer la punta de mi cinto como remedio.

Se aplacó al instante, cerrando su boquita alrededor como un cepo. Sosegados los dos, me senté de nuevo ante mi mesa y volví a sumergirme en mi trabajo, estirando la mano de vez en cuando para palpar la cuna, colocada junto a mi silla, mientras el sonido del chupeteo a mi lado continuaba plácidamente.

—¿Os habéis vuelto loco, señor d'Aubigny?

Levanté la cabeza del pliego que leía: la nodriza estaba parada en la puerta, con las manos en la cabeza, sin atreverse a entrar.

—¿Lo veis? Se ha calmado —dije con orgullo—. Solo había que darle algo que le gustara...

Siguiendo su mirada de espanto, bajé la vista a tiempo de ver a mi hija sentada en la cuna, con mi cinturón en el regazo, acercando la hoja de mi espada medio desenvainada a su carita. De un manotazo, traté de apartar el arma, pero la tenía asida con tal determinación que tuve que forcejear con ella para arrancársela. Inmediatamente prorrumpió en llanto.

La nodriza se precipitó dentro para examinarla. Manos, cara, cuello, los deditos que se crispaban en el aire buscando recuperar su presa. Julia aulló, mientras su cara se hinchaba y se oscurecía como un pellejo relleno de sangre. ¡No se había lastimado! Tranquilizada, la mujer la levantó, la meció y la arrulló, tentándola con su pecho, con una muñeca de trapo, metiéndole el pulgar en la boca para que lo chupara, sin conseguir otra cosa que renovar sus alaridos.

—Pues no lo entiendo, no le ha pasado nada, es solo el susto... ¡Ea, ea, calla, sol mío!

Más aullidos. Julia patalaeaba, tratando de zafarse de la nodriza, estirando los bracitos hacia el filo que lanzaba destellos. No, no se había hecho daño: no eran gritos de dolor, sino de protesta y de rabia, por privarla de aquella cosa que tomaba por un juguete. Sin quitarle ojo, levanté la espada, observando a mi hija, y muy despacio la desenvainé, haciéndola girar bajo los rayos de sol de enero que penetraban oblicuamente en la estancia.